

ARTE

Estos días que me he pasado "en blanco" han desordenado un poco mi catálogo de las exposiciones madrileñas... y no digamos de las barcelonesas. Veré si me es posible hacer un rápido comentario de las que he podido ver últimamente. Elijo hoy dos, al azar, ligadas entre sí muy tenuemente por el hilo sutil de un surrealismo que ya no existe. La de José Caballero, por un surrealismo en el que él mismo militó y ya no milita, pero que ha dejado huella en su pintura; la de Peinado, por un surrealismo que ya era viejo cuando él nació, pero al que ha heredado como se hereda también una levadura, cuando se hizo cargo del legado del arte de nuestros días. Dejo para la próxima semana mi comentario a la pintura de Urculo.

era el que lógicamente debía tener: el surrealismo oído y entrevistado en la provincia española de aquella «revolución del espíritu». Luego de nuestra guerra, y en horas ya más plácidas, aquel surrealismo se potenció a sí mismo, hasta cocerse en su propia salsa, y terminó disolviéndose.



JOSE CABALLERO: «Nocturno del hueco».

Pero le quedó algo que no proviene tanto del surrealismo cuanto de la manera española de entenderlo: un cierto virus humoroso y popular di-

Pero no. El había llegado a todo, simplemente, a la hora de España: a la hora que en España era posible. Además, había y hay en él una irrefrenable tendencia a vivir la vanguardia.

Dejando aparte elucubraciones historicistas, hoy está Caballero en lo que nos muestra esa exposición. ¿Abstracta? Ese concepto está ya muy pasado. Todos sus cuadros tienen un imperceptible hilo argumental, del cual ni siquiera podemos considerar responsable absoluto a su propio autor. Ellos tienen la carga que tienen, sin proponérselo, casi como una condenación. Y fiel a su herencia, traen un juego lúdico y levemente bienhumorado, que se percibe sobre todo en esa persistencia circular de todas sus formas. Un día, viéndolos yo antes de la exposición, e imaginando posibles títulos para los mismos, jugábamos con la palabra «círculo» que habíamos de concederle a cada uno y él proponía: éste, «de la Unión Mercantil»; éste «de Labradores...», éste, «de Caza y Pesca...» Pero la cosa se quedó en simple amago de broma. El amago de broma desapareció de los títulos, pero no, afortunadamente, de la entidad de la obra. Esa convivencia con la sonrisa es una de las cosas que le queda a Pepe Caballero de aquella generación que él vivió prematuramente, pero que no puede —ni debe— olvidar. Por eso, siempre que puede, trae su recuerdo hasta su actividad a la manera de un poema de Neruda o Alberti, a la manera de unas palabras de Federico... Hace bien. José Caballero, en ese juego de círculos, recrea la materia de manera a veces golosa y ensimismada. Ahí, en esa delectación de las cosas, se encuentra la pasión de las generaciones últimas por la materia pictórica en sí y una oscura tendencia de la generación anterior, la del 27, por las cosas primarias y elementales. Recuérdese, por ejemplo, de qué manera Alberto —el escultor—, palpando un simple cacho de madera, sabía encontrar como el gusto canchal de nuestro suelo.

Francisco Peinado, en la sala de la Dirección General de Bellas Artes (Madrid)

Venancio Sánchez Marín habla, con razón, de surrealismo

al referirse en el el catálogo a este pintor: de una manera particular de surrealismo. Ese malagueño es muy joven. Pero vive un mundo fantástico para el cual es válida la afirmación de que «después del surrealismo no se puede pintar como antes del surrealismo».

Se diría que hay una tendencia vegetalista en su pintura que le hace sentirlo y concebirlo todo como compuesto —visiblemente— por células de ese mundo: células nutritivas y germinativas, células vivientes, en perpetua mutación y cambio...

El mundo de Peinado —hay que hablar de eso, de «un mundo» especial— parece alu-

FRANCISCO PEINADO: «Evaporación».



dir a la intrincada selva de los vegetales más elementales, a seres minúsculos, agrandados por su ojo, habitantes de ese mundo. Y dentro de todo ello, cuando se refiere al elemento humano, a una ambigüedad en la que la condición germinativa y la condición levemente putrefacta de las cosas, se amalgaman, como si quisiera asegurarnos que la vida se produce en la muerte y al revés, que los gusanos, que también son vida, proliferan sobre los cadáveres.

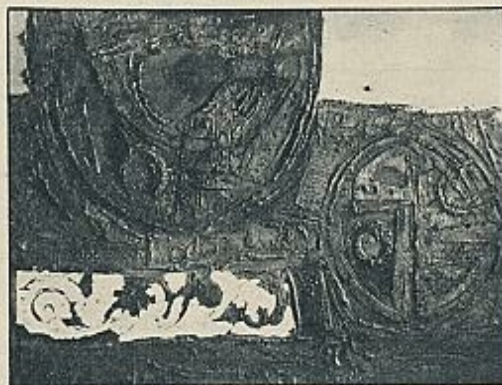
Peinado tiene una concepción muy estricta del microcosmos y el macrocosmos y los usa a ambos indistintamente, ligándolos con frecuencia. Por eso sabe hacer uso y aliar las técnicas miniadas con las propiamente pictóricas... Pero, ante el hecho de una pintura como la de Peinado, la referencia puramente técnica de su manera de pintar sería pura observación banal. Cada vez más, la pintura es un problema de realidades y la de Peinado es un ejemplo característico de ello.

■ JOSÉ MARIA MORENO GALVAN.

LIBROS

Galdós, novelista primerizo

Benito Pérez Galdós, periodista de veintisiete años de edad, publica su primera novela —"La fontana de oro"— a finales de 1870. El recién nacido novelista ha sido, pocos años antes, testigo presencial de la algarada de la "Noche de San Daniel" y del fusilamiento de los sargentos sublevados en el cuartel de San Gil, y advierte, en una escueta nota preliminar, las coincidencias existentes entre la crisis de 1870 y la del período 1820-1823, que sirve de telón de fondo a la novela. Pero la obra inaugural de Galdós no es, en sentido estricto, una novela "histórica". Para el joven Galdós, familiarizado tras una reciente estancia en París con la obra de Balzac, la búsqueda de la condición humana a la luz del medio social en que se desenvuelve constituye y constituirá siempre la clave básica de todo empeño narrativo. Por ello, el trueno constitucional anterior al restablecimiento del absolutismo fernandino, saturado de efervescencias liberales, maneja demagógicos y sórdidos conjuros palaciegos, es uno de los elementos sustanciales de esta novela primeriza, pero no su único y esencial protagonista. El verdadero protagonista de "La fontana de oro" es, a mi juicio, el clima vital —las tensiones humanas, las relaciones condicionadas, las conductas sociales— de una época problemática, equívoca y, como tal, contradictoria. Y estos factores objetivos hallan su más adecuada representación, no en la romántica pareja central (un idealista liberal y una desgraciada huérfana que comparten un trágico e ingenuo amor), sino, por ejemplo, en los diversos clérigos que pasean su indignidad por las casi cuatrocientas páginas de la narración; en los desafiados oradores políticos, en la repulsiva humanidad del confulador absolutista, y, sobre todo, en los tres prodigiosas figuras femeninas de María de la Paz, Salomé y Paulita, beatas inquisitoriales



JOSE CABALLERO: «Huellas circulares en el fango».

Exposición José Caballero en la galería Juana Mordó (Madrid)

Pepe Caballero no se pone nunca de acuerdo con la hora generacional en uso. Para la hora de lo que se llama «generación del 27» llegó demasiado pronto. Pero llegó y fue testigo pictórico de su realidad poética. Dan fe de ello Lorca, Bergamín, Neruda, Alberti... Su caudal entonces

luido en la interpretación de todo lo interpretable. Pasó el tiempo y, desde esa atalaya, Caballero fue llegando a todo lo que se tenía que llegar en aquellos años. El, por su cuenta, llegó a las mismas conclusiones «abstractas» a que habían llegado actitudes parapsicistas más juveniles: «Dau al Set» y «El Paso», por ejemplo. Parecía, dada su trayectoria, que si para lo primero había llegado demasiado pronto, para lo segundo había llegado demasiado tarde.

y esperpénticas ("el hastio representado en tres modos distintos, pero uno en esencia")... Son, todos ellos, tipos que caracterizan lúcida y con claridad el contenido social de una época que nos es históricamente lejana y, sin embargo, salvando distancias obvias, biológicamente actual. Comprender que el joven Galdós es todavía, y a pesar de los pesares, nuestro contemporáneo es algo que debería producirnos una amarga y deprimente sensación. ■ S. R. SANTERBAS.

BENITO PÉREZ GALDÓS: «La fontana de oro». Alianza Editorial, Sociedad Anónima, Madrid, 1970.

El extraño Pitol

Según el presentador, Sergio Pitol «es un extraño personaje que apareció por Barcelona hace dos años. Vivió dos meses en el «barrio chino» antes de tomar contacto con la «gauche divine». Sorprendió en seguida por su vastísima cultura, sus conocimientos de China, donde estuvo un año, y de la literatura de los países socialistas... Nunca se supo muy bien lo que hizo antes de venir a España. Sólo sabemos que nació en Méjico, donde fundó editoriales, dirigió revistas literarias y publicó cuatro libros de relatos. Después nos parece que entró en la carrera diplomática, que dejó un día para viajar en un barco de carga alrededor del mundo...».

Sergio Pitol es el autor de la serie de relatos publicada en Barcelona (Tusquets Editor), dentro de la Colección Cuadernos Infimos. Su complicada vida, sintetizada en las cuatro líneas arriba reproducidas, encuentra en estos cuentos una transposición de los momentos más confusos u opacos. Parece ser que Pitol, después de estructurar un determinado relato se vuelca en su desmontaje, en su transformación radical, de acuerdo con la incorporación de nuevas vivencias o puntos de vista diferentes. Es corriente, pues, que cualquiera de sus cuentos nos recuerde otro leído anteriormente.

El pasado confuso, la niebla, el sueño, el delirio, son los elementos con que juega este autor mejicano que tal vez trata de integrarse en el

«boom» latinoamericano, pues ya se anuncia la publicación de una novela suya. Esta colección de narraciones, que titula con el nombre de una de ellas, «Del encuentro nupcial», nos ofrece un adelanto de su modo de hacer, de su mundo fantasmal, situado entre Kafka y Poe; de su progresismo, pasado por un cosmopolitismo que le define como escritor. ■ E. G. R.

Tiempo de Siega

José Esteban presenta a Carlos Álvarez. Amigos precisamente de la época en que Carlos Álvarez escribía la mayor parte de los poemas de este libro —"Tiempo de siega y otras yerbas". Colección Saco Roto. Editorial Helios—, ambos se encuentran ahora de nuevo, uno como poeta, el otro como editor. Es lógico, pues, que José Esteban nos diga, si hace falta, quién es Carlos Álvarez. Pero no hace falta y la presentación es breve y apunta en seguida hacia lo esencial: que hay y seguirá habiendo un Carlos Álvarez desconocido, inédito, condicionado por circunstancias adversas.

Este Carlos Álvarez que ahora nos ofrece José Esteban es el primero, el de 1960. No puede prescindirse de sus poemas, de estos poemas iniciales, si se quiere dar una imagen completa, auténtica, del poeta. Por otra parte, José Esteban invita, a través de esta edición, a tomar contacto con parte de una generación de la que da testimonio este libro y que apenas ha tenido la oportunidad de publicar su producción. Invitación que no debe rechazarse y que estas editoriales juveniles que ahora proliferan no deberían olvidar. ■ E. G. R.

Dos textos de Valle

Dos viejos textos de Valle, quizá poco conocidos. «El yermo de las almas», de 1908, nos ofrece un Valle lejano del autor de los esperpentos. Estamos aún en ese don Ramón estilista que lucha por situarse dentro de la vida literaria española y que no ha descubierto todavía los espejos con-

convos y convexos del callejón del Gato. La obra es importante si la situamos dentro de la producción total del autor y la estudiamos como un tramo de su gran discurso poético; en este sentido, y dada la tendencia existente a «unificar» el juicio sobre los escritores, el estudio y la lectura del texto habrán de ser oportunos para considerar hasta qué punto la obra teatral de don Ramón es el resultado de una serie de experiencias estéticas y sociales. De «El yermo de las almas» a su «Luces de bohemia», por ejemplo, hay una distancia que es necesario entender si no queremos caer en penosa perplejidad ante el gran escritor gallego. «La marquesa de Rosalinda», estrenada la temporada última en el Español, fue, al margen de los posibles errores de la puesta en escena, la prueba de esta necesidad.

En cuanto a «Una tertulia de antaño», fue incorporada, con algunas variantes, a un episodio de «La Corte de los milagros». En el volumen de Alianza Editorial se publica el texto primitivo, que apareció también en 1908, reeditándose ahora por primera vez. El volumen, en suma, ha de contribuir al conocimiento y divulgación de quien es considerado como un escritor fundamental de nuestra literatura y nuestro teatro contemporáneos. ■ J. M.

Los premios literarios en Francia

El Goncourt y el Renaudot

PARIS.—El testamento de Edmundo de Goncourt —muerto en 1896— establecía la creación «de un premio anual de 5.000 francos destinado a una obra literaria» y «una renta de 6.000 francos en beneficio de los miembros de la sociedad». El segundo de los hermanos Goncourt añadió: «Mi voluntad suprema es que ese premio sea otorgado a la juventud, a la originalidad del talento, a las nuevas tentativas, tanto en el terreno del pensamiento como de la forma».

¿Los miembros del Jurado del Goncourt —cuya media de edad oscila últimamente alrededor de los setenta y cua-

tro años— han cumplido los términos del testamento? Cabe dudarlo. Por razones diversas, el Goncourt —equivalente a nuestro Nadal— es deseado y temido, llegando a ser vergonzoso para ciertos escritores.

Atribuido en vísperas de las compras de Navidad y fin de año, los premios literarios, y en particular el Goncourt, interesan más a la edición que a la literatura. Se regala el Goncourt o el Renaudot como se puede regalar una caja de bombones o de castañas escarchadas. El Goncourt asegura a su editor una tirada de 200.000 ejemplares, que van a manos de un público que en su inmensa mayoría no ha leído ningún libro en los once meses anteriores. Por otra parte, revisando los nombres de los premiados durante sesenta años, observaremos que pocas veces se han coronado «obras audaces», y que pocas novelas influyeron en el movimiento literario, por la sen-



Michel Tournier - Premio Goncourt 1970

cilla razón de que representaba un estilo esclerotizado y anticuado, en general el del naturalismo, ya muerto en 1900.

«EL REY DE LOS ALISOS».—No ha habido sorpresa alguna este año ni en el Goncourt ni en el Renaudot. Todo el mundo sabía que Michel Tournier obtendría el Goncourt, y casi todos los diarios anunciaban que Jean Freustié sería el Renaudot. Ambos son buenos escritores, de corte clásico y lectura fácil.

Michel Tournier nació en París en 1924. Es hombre dis-

creto y solitario. Su primera novela, escrita hace sólo tres años, obtuvo en 1967 el Gran Premio de la Academia Francesa. Se titulaba «Viernes o los limbos del Pacífico». La segunda, «El rey de los Alisos», mereció este año el Goncourt.

Las cuatrocientas páginas de esta novela se leen fácilmente de un tirón. Detrás de una historia lineal y de una anécdota sencilla se esconden símbolos y mitos que hay que descifrar con atención.

«Pienso que todos somos seres mitológicos. La historia de Robinson Crusoe me sirvió para mi primer libro, dado que encontré en este hombre, solitario en una isla desierta, lo esencial de la condición del hombre en la vida moderna. En «El rey de los Alisos» partí de un mito todavía más primitivo, más antiguo, el del Ogro. Quise contar la historia de un prisionero francés, en los años treinta y ocho-treinta y nueve, que hace la guerra, que es encarcelado en el cuarenta y enviado a la Alemania nazi».

Este prisionero es el mecánico parisino Abel Tiffauges, a quien los nazis colocan en el coto de caza de Goering. Al llegar los ejércitos soviéticos liberadores, Tiffauges desaparece llevándose en los hombros a un niño judío...

Para el autor, esta novela es una especie de exorcismo. Hijo de un erudito germanista, Tournier asistió a la ascensión del nazismo.

«Lo que más me impresionó fue el aspecto caricaturesco y grotesco de la Alemania nazi. En este aspecto, después de la derrota de Alemania en el catorce, cabía esperar un resurgimiento en todos los aspectos: literario, artístico. Pero el expresionismo no logró un cambio de mentalidades. Casi podría decir que Hitler entra dentro del clima del expresionismo...».

Novela de símbolos:

«Tenía pendiente un arreglo de cuentas con Alemania. No sabía por dónde empezar, hasta que un día caí en un detalle histórico que me llamó la atención: el diecinueve de abril, la víspera del aniversario del Führer se incorporaron los jóvenes alemanes a las Hitler Jugend. Era de nuevo el tema del Ogro, tal como lo había contado Charles Perrault».

En «El rey de los Alisos», el Ogro de Tastenburg recibe el día de su aniversario 500.000 niñas y 500.000 niños de dos años cumplidos, mientras que Goering, Ogro de Romintern, destruye y devora toda la fauna cérvica.